

y es que la encomienda fue un complejo histórico de singular importancia. Tengo la esperanza de que el trabajo de Arcila Farías penetre hondamente en el problema para clarificar así un punto decisivo de nuestra historia.

[Instituto Fernández de Oviedo: *Revista de Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid. Año XVII, número 67].

MIGUEL TORRES ELLUL

Por MONSEÑOR MARIO MORONTA R.

Hace algunos días falleció el doctor Miguel Torres Ellul. Recordarlo hoy desde esta columna es obligante para quien escribe y deber de gratitud hacia su persona, cuya memoria permanece aún viva entre nosotros. Miguel Torres Ellul fue un hombre cabal, cristiano ejemplar, esposo y padre de familia insigne y un amante de la Iglesia a tiempo completo.

Quienes conocimos a Miguel sabemos de sus virtudes que son para inspirar conductas y actitudes de vida. De profunda vida familiar, siempre preocupado por la formación integral de sus hijos, junto con su esposa Silvia fue modelando en sus hijos la conducta de hombres y mujeres creyentes en Cristo y practicantes del mandamiento del amor. Y en esto dio ejemplo continuo. En muchas de las conversaciones que personalmente sostuve con él pude captar una fe clara y sencilla, directa y segura. No era un creyente que justificaba las mediocridades: daba ejemplo de su amor a Dios, en el que creía firmemente y en el que hacía descansar toda su vida y sus convicciones. Su caridad era sin límites: sabía también tener la palabra oportuna para el que se portaba bien como para el que estaba descarriado; buscaba que quien no estaba cerca de Dios se acercara a El... y esto lo hacía a tiempo y a destiempo. Favorecía esta actitud su sencillez y su alegría.

Miguel fue un hombre de Iglesia, sin renunciar nunca a su condición de laico comprometido. Supo hacer de su vida como seglar una existencia al servicio de la Iglesia por la que profesaba un amor real y decidido. Estuvo presente hasta el último minuto de su vida terrena en las preocupaciones de aquellas instituciones y obras de la Iglesia en las que trabajaba. La Conferencia Episcopal Venezolana recibió de él el esfuerzo de muchos años de su existencia: fue uno de los fundadores del Secretariado Permanente del Episcopado Venezolano y hasta el último día de su muerte ejerció su cargo de director de Asuntos Administrativos del mismo. Su trabajo allí fue decisivo en todo momento. Miguel era el hombre de la palabra oportuna en las discusiones y diálogos no sólo de carácter administrativo sino también teológico y pastoral: su amistad con los obispos y cantidad

inmensa de sacerdotes, su contacto directo con la vida pastoral de la Iglesia le dio una experiencia que sumada a su vivencia de fe le permitía poder dar esa palabra o intervención oportuna.

Recordar hoy a Miguel, aunque sea desde la sencillez de estas líneas es dar gracias a Dios y alabarlo porque nos dio el ejemplo y la fe vivida por Miguel. Quienes creemos en la Resurrección sabemos que el Dios de la Vida premiará con la eternidad todas las acciones, los afanes y los trabajos de Miguel. Dios sea bendito porque él supo responder y darnos ese ejemplo que perdura entre nosotros.

[Publicado en *El Universal*, 12 de noviembre de 1991, pp. 1-4].

MUERTE DE LABRADOR RUIZ

Por LUIS BELTRÁN GUERRERO

Dolorosa noticia para todo el mundo hispánico y principalmente para sus amigos venezolanos, la reciente muerte de Enrique Labrador Ruiz, en Miami, U.S.A.

Labrador Ruiz es una de las grandes figuras de la narrativa cubana e hispanoamericana. Nació en Sagua la Grande, Cuba, el 11 de mayo de 1902 y desde muy joven se dedicó al periodismo y posteriormente, por entero, a las letras. Publicó cuatro novelas, las tres llamadas gaseiformes: *Laberinto*, 1933, *Cresival*, 1936 y *Anteo*, 1940 y la novela por la que se le otorgó el Premio Nacional de Literatura de Cuba en 1950, *La sangre hambrienta*. Publicó además tres libros de cuentos: *Carne de primera* en 1947, *Trailer de sueños* en 1949 y *El gallo en el espejo* en 1953, en cuya colección se incluye "Conejito Ulán", ganador del Premio Hernández Catá.

Labrador Ruiz cultivó el ensayo en tres obras: *Manera de vivir* en 1941, *Papel de fumar* en 1945 y *El pan de los muertos* en 1958. Sus artículos y cuentos aparecieron en los más importantes periódicos y revistas de Hispanoamérica.

Miembro de la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Definidora y miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua, mereció un amplio reconocimiento crítico. Se le ha juzgado como un renovador de la narrativa hispanoamericana. *Laberinto* constituyó el inicio de una definitiva superación del realismo narrativo que predominaba en América hispana. En esta novela, según consenso crítico, se presentan muchas de las nuevas técnicas que han llevado a la novela hispanoamericana a la preeminencia de que hoy disfruta en todos los ámbitos.